

EN ORBITA

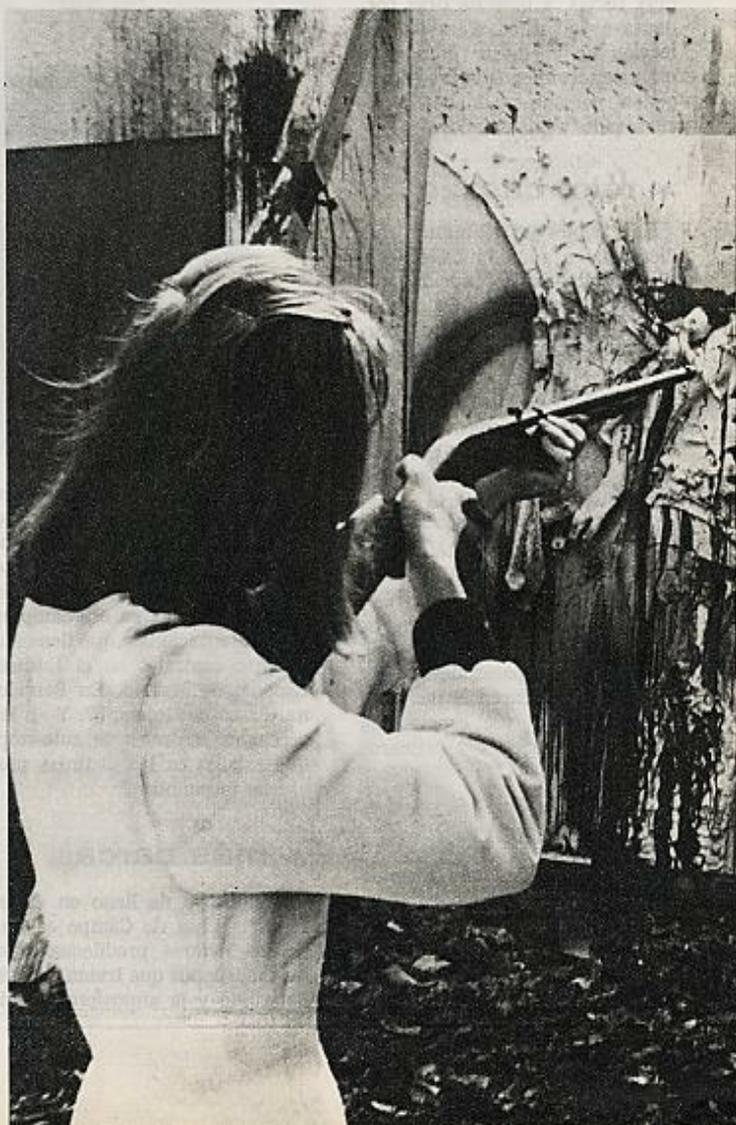
**medio
millón
por un
cuadro
pintado
a
fusil**

LO sentimos por aquel bigotudo Mathieu que preparaba sus cuadros minutos antes de la hora anunciada para el «vernissage» de su exposición. Y, hasta si nos apuran, por nuestro celtibérico Manolo Millares, paladín de la cochambre abstracta, tan dado en su última obra a llevar al lienzo zapatos usados y latas de tomate, procedentes de los basureros. Lo sentimos por un arte serio, grave y respetabilísimo, en cuya vanguardia figuran los Tapes, Saura, Viola, Cuixart, Suárez, etc. Pero la verdad es que a la hora de «magmatizar» y buscar patetismos a base de materiales extrapictóricos, la buena de Niki de Saint Phalle ha llevado la pintura actual a los últimos extremos. La chica no se ha quedado atrás llegado el momento de las extravagancias que facilitan el reclamo. Para hacer el Salvador Dalí —lo decimos por lo de la escopeta y, si nos apuran, por



pintando con carabina

niki de saint phalle



ese afán maniqueísta que agrupa espíritus opuestos utilizando materiales de contradictoria significación— no ha desdeñado fantasías surrealistas ni efectos publicitarios. Y se ha sacado de la manga unos «cuadros-sorpresa» capaces de asustar a sus acomodados familiares. Porque Niki de Saint Phalle ha abandonado el mundo familiar de los bancos y los jockey-clubs para dedicarse por entero a un arte moderno, entendido a su manera. Y tan a su manera. Por lo pronto, ha bautizado a su pintura «la O. A. S. del Arte Moderno». Según aseguran, nuestra joven artista, que acaba de inaugurar su exposición en una galería parisina, pide por sus «cuadros-sorpresa» entre 70.000 y 500.000 francos viejos. Y vende. Que por algo sus papás y sus tíos son consejeros de empresas y hombres importantes...



oliver, cocinero de lujo

el cocinero de la TV francesa

POCAS estrellas cinematográficas son tan populares en Francia como Raymond Oliver: su rostro barbudo y su acento gascón resultan familiares a millones de telespectadores. La pequeña pantalla ha hecho el milagro de ganar para este hombre modesto, entregado por entero a su arte, al margen de mundanas vanidades, una fama tan extensa como la de cualquier «vedette» de moda.

En su semanal programa para la TV., revela Oliver los secretos transmitidos a través de cuatro generaciones de fondistas. El mismo, particularmente, explota el «Grand Vefour», uno de los restaurantes «Cuatro estrellas», distinción que sólo ha sido concedida a diez establecimientos de este ramo. Pero su popularidad no la debe, naturalmente, a su condición de fondista, sino a su trabajo de cocinero ante las cámaras.

Oliver vive su arte apasionadamente, consagrándole todo su tiempo. En su piso del Trocadero ensaya continuamente platos nuevos, y consulta y renueva su biblioteca de cuatro mil volúmenes, en cuyas páginas podríamos encontrar recetas culinarias utilizadas ya dos mil años antes de nuestra era. Su tarea se centra en adecuar la alta cocina a los medios de la más modesta ama de casa.

Su público acaba de conocer la faceta que podríamos llamar «humana» de Oliver: su vida familiar, el apoyo sin reservas que recibe de sus tres hijas, sus breves instantes de descanso en Bourdonne, sus aficiones deportivas... Pero, a pesar de la simpatía que se desprende de este otro perfil suyo, los franceses prefieren verlo en su ambiente, los lunes por la tarde, en la pequeña pantalla de la TV., desarrollando prácticamente una receta de cocina.